

El rearme de Rusia

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 22.03.09

En la reunión de la Conferencia de Seguridad de Munich del 6 de febrero todo fueron buenas palabras. El vicepresidente estadounidense, Joe Biden, las tuvo bienintencionadas respecto a las relaciones con Rusia. Y el ministro ruso Ivanov correspondió afirmando la disposición de su Gobierno a tratar de la renovación del tratado Start-1 para la reducción de armas nucleares intercontinentales. La secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton, se expresó en parecidos términos de acercamiento a Rusia en la reunión de la OTAN en Bruselas el 6 del mes en curso. Ocasión que el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguei Lavrov, aprovechó para mostrarse favorable a una política de entendimiento sobre la manera de tratar el armamentismo nuclear de Irán y de Corea del Norte, así como la cuestión del Start-1. Clinton pudo concluir, satisfecha, que había habido un "buen contacto".

Parecía abrirse así con prometedores augurios el mandato de Obama como renovador presidente de Estados Unidos. Pocos días han faltado para que el presidente ruso, Dimitri Medvedev, anunciara ambiciosos planes de rearme, especialmente en materia nuclear. Y la noticia fue comentada por el ministro de Defensa ruso con un lenguaje no precisamente apaciguador. Habló de que Estados Unidos pretende como sea conseguir el acceso a materias primas, energía y otros recursos, y que "desea apartar a Rusia de su esfera de intereses internacionales". Así pues, una de cal y otra de arena. Una mano se muestra abierta, la otra, cerrada.

¿Quiere el tándem Medvedev-Putin entenderse con Estados Unidos y la Unión Europea o mantener el juego de ahora sí y ahora no como si no acabaran de encontrar cómo restaurar a una Rusia de enorme extensión euroasiática en el poder de gran potencia mundial que tuvo la URSS?

El reciente anuncio de un importante plan de rearme ha levantado una polvareda de alarmas, seguramente exageradas. No es el primero que se anuncia en pocos años. Hubo el de octubre del 2007. Se trataba de aviones, una flota de submarinos, misiles intercontinentales. Ya entonces se dijo que el capítulo de defensa ruso alcanzaba un alto porcentaje del presupuesto. Pero estos cálculos iban acompañados de análisis dubitativos sobre la real efectividad de estos proyectos militares. Como si el ejército ruso no llegara a tener la capacidad correspondiente a su dimensión. Lo cual se traducía en la anunciada como profunda reforma del ejército de octubre del año pasado.

Son especulaciones que no desmienten la realidad de una Rusia sin duda alguna segunda potencia nuclear mundial. ¿Algo que le permite traducir esta potencialidad en el terreno político? Posiblemente el problema de los gobernantes de Moscú es que no es exactamente así. Que Rusia está notablemente por debajo políticamente de lo que se esfuerza en exhibir en el terreno militar, donde Estados Unidos le lleva una clara distancia.

Una de las obsesiones de quien gobierna en Rusia es la que se advierte entre la voluntad de mostrarse fuertes y la alegación de motivos de victimismo. Es, por una parte, la Rusia que si quiere puede hacer daño. Por otra, la que se siente acorralada después de que se hundiera y desmembrara la URSS. La Rusia que cree que le corresponde moverse a su gusto en el que considera su patio trasero de las repúblicas

independientes del Cáucaso. Y que al mismo tiempo se siente amenazada allí por las apetencias norteamericanas.

La crisis de Georgia del verano del 2008 marcó el punto más agudo en este sentido. Allí Moscú dio una lección a los georgianos. Pero otra mucho más importante a los occidentales: la de que no forzaran las cosas en terreno donde Rusia no podía ya ceder. Fue una muestra de fuerza y curiosamente de debilidad. Suponía un "no más allá" a la OTAN , a la misma Unión Europea. Pero al mismo tiempo obtuvo como todo botín mensurable la independencia de Osetia del Sur y de Abjasia, una victoria pírrica que seguramente ni en el mismo Moscú era deseada en el fondo por cuanto suponía dar el visto bueno a un secesionismo que preocupa por el temido efecto dominó de Chechenia en las repúblicas federadas del Cáucaso.

En todo caso se ponían sobre la mesa las relaciones con la Unión Europea, Estados Unidos y la OTAN. Por lo dicho al comienzo, se ve que la mano tendida por Biden y Hillary Clinton no acaba de ser creída por el Gobierno ruso y a la UE se la ve como una poco fiable cabeza de puente de Estados Unidos. El gran motivo de desconfianza se llama OTAN, instalada ya en las fronteras rusas, en países que fueron parte de la URSS o sus satélites. A los que podría unirse Georgia o Ucrania. Por eso en Moscú manejan fórmulas asociativas europeas que suponen la desvirtuación de la OTAN. Medvedev dijo en octubre que "el viejo sistema de seguridad ya no refleja la realidad del mundo de hoy". Y Lavrov propuso en esta línea un nuevo tratado de seguridad europeo. Putin aclaró la intención al decir que los estados europeos no ganan nada al estar al servicio de los intereses de la política exterior estadounidense.

Hay sobre esta base poco que entender como posible sólida interrelación ruso-europea-norteamericana. Una cuestión siempre pendiente.